jeto de darle cuenta de una carta de Evans relativa á los negocios de Chiquito. No tenía prisa alguna y llegó al despacho del banquero á las tres y media, á fin de que Folentin estuviese de regreso de la Bolsa. Con efecto, el banquero acababa de llegar, y le recibió inmediatamente. Sus primeras palabras causaron el más vivo asombro á Raynaud:

—¿Porqué viene usted aquí en vez de irse al hotel Condottier? Mi mujer le estará esperando...

Raynaud tuvo la boca abierta para decir:

—Pero la cita se ha aplazado hasta las cinco...

El instinto hizo que se contuviera, y dijo:

—¿Se ha marchado ya la Baronesa?

—Claro está, pero voy á asegurarme...

Folentin hizo sonar el timbre del teléfono, pidió la comunicación, y mientras esperaba leyó la carta de Evans. El timbre le interrumpió:

—¿Está en casa la señora?...

—Hace una hora que ha salido.

—Bueno... Amigo mío, no tiene tiempo que perder... Otro rato hablaremos de lo que nos anuncia Evans.

—Me voy—dijo Raynaud, y levantándose se disponía á salir, cuando Mauricio entraba familiarmente en el despacho de su cuñado. El joven quiso entablar conversación con Raynaud, pero éste, despidiéndose de Folentin, salió precipitadamente.

—¿Qué le pasa?—preguntó Mauricio riendo.—Cualquiera diría que va á apagar un incendio.

—Va á encontrar á mi mujer en el hotel Condottier, que se propone comprar para su amigo Evans. El Marqués está ausente y...

—¿Ausente?—dijo Mauricio.—Aún no hace una hora que le he encontrado...

—¿En dónde?—preguntó Folentin estupefacto.

—En el puente de la Concordia, frente al Círculo de las Patatas.

—Entonces se dirigía á su casa... ¿Qué significa esto?

Folentin enmudeció. Reflexionaba. El retraso de Raynaud, su asombro al enterarse de que Rosa no estaba en su casa, la precipitación con que se había marchado, la presencia de Condottier en París, todos estos detalles, que por sí mismos no tenían ninguna importancia, relacionados parecían sospechosos.

El impasible Folentin sintió una repentina inquietud. Aquel hombre, á quien nadie engañaba, tuvo el presentimiento de que se había preparado una maquinación en la que se comprometía su infalibilidad. Entrevió cosas en las que nunca se había detenido su sereno y confiado modo de pensar. Un instante dudó de su mujer, de Condottier, de Raynaud y de sí mismo. Se puso de pie de un salto y fijó en su cuñado una mirada terrible:

—Tú sabes que Condottier es capaz de todo...

—De todo... ¿qué?

—El ya me había prevenido, y yo tomaba á broma sus prevenciones. Tal vez ha llegado el momento de tomarlo en serio.

Con mano trémula apretó el botón del timbre. Se presentó un criado:

—El coche.

—Está en el patio, Sr. Barón.

—Bien. Adiós, Mauricio.

—Pero ¿qué sucede?

—Eso es lo que voy á averiguar.

Y dejando á su cuñado estupefacto, bajó por la escalera interior al patio.

Como Folentin dijo á Raynaud, la Baronesa había pedido el coche á las dos y media, y antes de dirigirse al hotel Condottier se había detenido en casa de su guantero. A las tres en punto llegaba ante el gran portalón que coronaba el escudo de piedra. En el vestíbulo tropezó con dos lacayos. Sin que tuviese necesidad de preguntar nada, y como si obedeciesen á una consigna recibida de antemano, abrieron la puerta de la galería. Del mismo modo se abrió la puerta de un saloncito amueblado con una sillería Luís XV y colgado de auténticos gobelinos. La ventana que daba al jardín estaba abierta. Cantaban los pájaros entre las ramas de los árboles y entre los macizos de flores. Era un rincón tranquilo, fresco y delicioso. La joven, meditativa, se apoyó en el antepecho. Un surtidor cantaba en una

taza de mármol, en medio del césped. Sus ojos seguían los saltos de los gorriones que se perseguían y picoteaban las granos, y lejos del ruido, de la agitación y del calor de la ciudad, Rosa pensaba que en aquel hotel antiguo, grave y silencioso, la vida sería en extremo agradable.

El ruido de una puerta que se abría tras ella la arrancó de su delicioso arrobamiento. Algo contrariada, se volvió creyendo encontrarse con Raynaud ó la condesa Grodsko, y al verse frente al Marqués no pudo contener un grito de sorpresa. Se acercó á ella sonriendo y con la mano extendida. Vestía un traje de viaje gris que le daba un aspecto de increible juventud. Sin hablar Rosa se dejó estrechar la mano mirando á Condottier. Después, cuando él le señaló una butaca, Rosa se decidió á hablarle:

—¿Qué significa esto? ¿Cómo está usted aquí cuando debía estar en Londres?

—He terminado rápidamente los negocios á fin de encontrarme en mi casa y recibirla.

Rosa le miró con dureza:

—Parece que no quiere usted errar el golpe.

Condottier no se movió; sus labios temblaron un momento, y sonriente dijo:

—Tiene usted mucha razón. ¡Diantre! La cosa lo merece.

—¿Cuánto pide usted por todo esto?

—Dos millones quinientos mil francos.

—¿Con los muebles de familia, los recuerdos

de sus padres y los retratros de sus antepasados... el capelo del cardenal Condottier y el bastón del mariscal Condottier, muerto, según creo, en Hochstœdt?

—Sí señora, muerto en Hochstœdt.

—En una palabra, con todo.

—Con todo. ¿Le parece caro?

—Baratísimo.

Eso pienso yo, y cuento con usted para que lo diga.

Después de este feroz cambio de palabras se miraron fijamente. Él estaba impasible y conservaba todo su aplomo. Ella, algo pálida, apretaba el mango de cristal de su sombrilla. El reloj rompió el silencio haciendo oir la media. Rosa fijó los ojos en la esfera, consultó en seguida el relojito que pendía de su cuello, y preguntó con aspereza:

—¿Cómo es que su hermana y Raynaud se retrasan tanto?

—No sé nada—contestó el Marqués con indiferencia.—Mientras esperamos, ¿quiere usted que le enseñe la colección de miniaturas del siglo XVIII?

—¿Para qué? Yo no soy la compradora.

—Como quiera. Yo estoy aquí para obedecer.

—Entonces, acompáñeme al teléfono: tengo que hablar con mi marido.

Un gesto de protesta irónica acogió la petición de la joven, y el Marqués replicó alegremente:

—¿Cómo? ¿Cree usted que en una morada antigua hay teléfono? Eso sería una monstruosidad.

—Entonces deme lo necesario para escribir.

—Con mucho gusto. Venga usted á mi gabinete.

La intención que de nuevo manifestaba de alejar á Rosa del saloncito pareció sospechosa á la joven. Desde la inesperada entrada de Condottier, la joven no se sentía segura.

Los criados estaban lejos, separados del salón por la larga galería. Alrededor del jardín no había nadie, y nadie tampoco al alcance de la voz. El Marqués seguía de pie ante ella, insensible á los ultrajes recibidos, como si estuviese seguro de vengarse de ellos, y conservaba su gracia felina de bestia de presa. La Baronesa tuvo miedo, y sin seguir á Condottier, que se dirigía á la puerta, dijo con resolución:

—No, después de todo prefiero marcharme. Indudablemente ha habido una equivocación, pues este retraso es incomprensible. Haré otro día la visita.

El Marqués se volvió bruscamente, pasó delante de Rosa, dió vuelta á la llave de la puerta que comunicaba con la galería, se la guardó en el bolsillo, y cerrando la ventana que daba al jardín dijo:

—Me parece que ya hemos pasado bastante tiempo sin decir nada. Ni mi hermana ni el señor

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Raynaud vendrán, pues yo me he arreglado de manera que no vengan. Hace ya demasiado tiempo que se burla usted de mí, y he creído necesario que tuviésemos una explicación en sitio en que nadie viniese á molestarnos. He ahí porqué se encuentra usted sola conmigo y sin medios para interrumpirme en caso de que la conversación le sea desagradable. Vamos, mi querida señora, es preciso poner al mal tiempo buena cara. La aventura no es tan penosa como parece, y de usted depende salir de ella con todos los honores.

Rosa se levantó con altivez, fijó en Condottier una mirada despreciativa, y señalando la puerta dijo:

—Abra usted inmediatamente.

Él no contestó: sentóse junto á la mesita.

—¿Qué espera usted? — exclamó Rosa. — Me figuro que no me cree usted una niña á la que fácilmente se asusta. Las sorpresas apenas se toleran en las novelas, y en el teatro nos hacen reir. El hombre que rompe los cordones de las campanillas para evitar que una mujer llame, está bastante atrasado. Usted no ha retrocedido ante la ridiculez de cerrar la puerta con llave. El melodrama ha durado ya mucho. No se exponga á hacerme reir y á hacer reir á todos nuestros amigos si les cuento su manera de conducirse. No imite la voz de Choppart en *El Correo de Lión*. Es usted grotesco. Un minuto más, y será usted odioso.

—Él se volvió con calma y dijo:

— Quiero serlo. Estoy decidido á no retroceder ante nada para que no salga de aquí sin ser antes todo lo mía que es posible ser...

Rosa soltó una carcajada desgarrada, opaca, de temor, y dirigiéndose al Marqués añadió:

—Decididamente, creo que ha perdido usted el juicio. ¿Soy la causa de semejante catástrofe? Usted no me dejó prever que mis amabilidades podían conducirle á tan lamentable estado. Usted debía de haberme prevenido de que el *flirt* con usted conducía á estos inconcebibles extremos. Vamos, sea razonable. Ya sabe que al fin tendrá que devolverme la libertad... No se exponga á que, creyendo venir á casa de un hombre galante, salga con el pesar de haberme encontrado un granuja.

Muy tranquilamente replicó:

—Todo eso no tiene ningún valor ni sentido; son argumentos de salón, y precisamente porque en los salones era usted dueña de burlarse de mí sin correr el menor riesgo y divirtiendo á la galería con el espectáculo de mis tentativas y fracasos, me he arreglado para que nos viésemos solos y lejos de todos.

—Pero ¿qué es lo que me reprocha usted?— preguntó Rosa.

—Haber sido coqueta, y haberse divertido conmigo entusiasmándome unas veces para abatir-

me otras. Soltera, me hizo usted creer que llegaría á ser mi mujer; casada, me ha hecho esperar que sería mi amante. Pues bien, lo siento por usted, pero no soy del temperamento de esos galanes con quienes ha representado la misma comedia que conmigo, y que se han contentado marchándose apenados y respetuosos. Yo quiero el desquite. La quiero muy sinceramente, usted lo sabe, pero mi amor no se contenta con un encantador platonismo: tiene exigencias, furores, y se subleva. Usted es la responsable de todo. ¿Porqué es tan hermosa, tan encantadora? Yo la quiero, la quiero... hace tres años, y usted me lo ha permitido. No es posible que se figurase que yo había de permanecerle fiel sin que llegase un día en que me tuviese que dar la recompensa. Ese día ha llegado. Yo he puesto á salvo su pudor, haciéndola venir engañada. Ha venido usted, estamos solos, y de usted depende el hacerme dichoso. Apiádese de mí, Rosa, y olvide las palabras violentas que he pronunciado. Estaba poseído por la fiebre que se apodera de mí cuando me encuentro en su presencia. Está usted delante de mí, en mi casa, me pertenece, y yo la adoro... Rosa...

Se inclinó ante ella suplicante, mirándola con ojos encendidos y la boca húmeda. ¿Era sincero? Rosa lo creyó así, y vaciló un momento. Se dulcificó su rostro, sonrió, y moviendo la cabeza dijo en tono de tierno reproche:

—Extraña manera de decírmelo, y sobre todo de probármelo.

—¿Qué debo hacer?

—Ante todo abrir esa puerta.

El Marqués dió un salto, y vacilante, entregado de nuevo á la cólera y empujado por sus instintos perversos, dijo:

—Se burla usted de mí, en mi casa, y después de cuanto le he dicho. ¡Desgraciada!...

Se precipitó hacia ella, y cogiéndola con fuerza por los brazos, hizo esfuerzos para acercar su rostro á sus labios. Rosa dió un grito sordo, se escurrió entre los brazos que pretendían abrazarla, y arrojó todo su desprecio, todo su furor, al rostro del que la violentaba. Así lucharon sordamente sin temor de hacerse daño; él rozando su carne delicada y fina, ella defendiéndose con toda la energía y vigor de sus nervios. Repentinamente, y en el silencio de aquel combate de amor, una sacudida conmovió la puerta que Condottier había cerrado, al tiempo que una voz varonil decía:

—¡Abrid!

—¡Oh! - exclamó Rosa redoblando su resistencia.—Alguien viene en mi auxilio.

Desconcertado, Condottier había cesado de luchar, al mismo tiempo que una mano impaciente atormentaba la cerradura, y la misma voz que antes gritó de nuevo:

—Abrid, soy Valentín Raynaud.

Oyendo este nombre, Rosa se turbó casi tanto como Condottier. Separóse de él, y en voz baja y muy rápidamente le dijo:

—Abra usted, ó me pierde. Sea prudente, y deme la llave...

No había tenido aún tiempo para decidirse, cuando un choque violento sacudió las hojas de la puerta, y la cerradura cedió, apareciendo en el hueco, amenazador y emocionado á la vez, Valentín Raynaud. Con una rápida ojeada se dió cuenta del furor del Marqués y del desorden de Rosa. Hizo un gesto amenazador que reprimió en seguida, y pálido, pero dueño de sí mismo, dijo:

—¿Es usted quien me ha escrito que la hora de la cita se había aplazado?

Condottier miró á su interlocutor de pies á cabeza, y dijo con desdén:

—¿Qué significa esta pregunta, caballero?

—Únicamente que quiero saber si es usted el autor del engaño de que acabo de ser objeto.

—No comprendo lo que quiere usted decir.

—Pues voy á explicárselo...

No tuvo tiempo para decir una palabra más.

—Rosa se había colocado entre los dos hombres, pues adivinando que Raynaud, fuera de sí, iba á insultar á Condottier, no quería que el Marqués pudiese tomar fácil desquite en su defensor. Impuso silencio á Condottier con un gesto, y dirigiéndose á Raynaud le dijo:

—Si aquí hay alguien que debe dar explicaciones soy yo, y en todo caso, Sr. Raynaud, usted no tiene ningún título para pedírselas al marqués de Condottier.

—Este caballero se ha introducido en mi casa de modo harto inconveniente para contentarse con tan poco, y por mi parte no me resignaré á dejar de pedirle cuentas por las libertades que con mis cerraduras se permite.

—Caballero — replicó Valentín. — He tenido también que tomármelas con sus criados, y todo me hacía creer que debería tomarlas con usted mismo. Pero si usted no tiene explicaciones que darme, yo tengo una que ofrecerle. Si he tenido tanta prisa por entrar en su casa ha sido porque no quería que me adelantase el barón de Rocher, que al mismo tiempo que yo, y por su cuñado, ha tenido noticia de su presencia en París.

—¿Va á venir?—exclamó Condottier con acento de triunfo.

—Todo me lo hace temer.

—Y á mí desearlo...

Oyendo estas palabras, Rosa no pudo reprimir un grito de indignación:

—Ahora veo claro lo que se había propuesto. Me doy cuenta de la maquinación que había preparado, y que dirigía más contra mi marido que contra mí misma. Le agradezco, Sr. Condottier, que me haya librado de toda incerti-

dumbre. Le creía menos culpable de lo que en realidad es... No obra usted impulsado por la pasión que ciega. Se conduce con pleno conocimiento de causa, y veo de lo que es usted capaz. En adelante no tengo que guardarle ninguna consideración, pues sé que deliberadamente sacrificaría mi reputación á su amor propio. No he sido su víctima y puedo salir de aquí sin pesar...

Como Valentín hiciese un movimiento para dirigirse á Condottier, añadió:

—No le diga una palabra, Sr. Raynaud. No hable usted con ese hombre... No es digno de que se dirijan á él. Es mucho más despreciable de lo que nadie se puede imaginar. Deme el brazo, y salgamos de esta casa...

Condottier, pálido como un cadáver, quiso colocarse ante ella para evitar que saliese, y dirigió á Raynaud un gesto de amenaza. Rosa le contuvo con la autoridad de su mirada.

—No insista usted; se lo aconsejo. Sus criados están ahí, y sería enojoso para usted que nuestra conversación terminase ante ellos.

Sin prestar atención al Marqués salieron á la galería, llegaron al vestíbulo, pasaron por delante de los lacayos, y al poner el pie en la escalinata se encontraron con Folentin que llegaba sofocadísimo. Al verlos no pudo disimular su estupefacción:

—¡Cómo!—dijo—¿Los dos?

—Sí—contestó Rosa con tranquilidad.—El señor Raynaud ha terminado su visita y nos íbamos...

—¿Y Condottier?...

—El Marqués está en su casa. ¿Quieres verle?

—No... no tengo nada que decirle... Sin embargo, no comprendo como estás aquí y porqué sales con el Sr. Raynaud...

—Ven conmigo—le dijo Rosa—y te explicaré eso que te parece obscuro...

—Y la condesa Grodsko, ¿ha venido también?

—Te agradeceré muchísimo que no me hables más de la Condesa. Estoy decidida á no volver á verla. En cuanto al marqués de Condottier, tendrás la bondad de decirle que no tiene porqué presentarse en mi casa...

—Querida mía—balbució Folentin—redoblas mi perplejidad. ¿Está comprometido mi honor en todo esto? Tú sabes que no soportaría la menor ofensa. .

—Sí, ya lo sé, cuando se trata de tu amor propio eres un tigre. Cuando estés enterado de todo obrarás como estimes conveniente. Pero ahora, estrecha la mano del Sr. Raynaud, dale las gracias por lo que ha hecho por ti, y vámonos á casa. ¿Tienes ahí el coche?

—Si, querida, sí, pero...

—Ahora no digo más. Hasta otro rato, señor Raynaud.

Folentin, silencioso y preocupado, estrechó la mano á Raynaud, y dócilmente subió al coche con su mujer.

V

Evans, recorriendo á grandes pasos el salón de sus habitaciones de Palace-Hotel, escuchaba á Valentín que le hacía el relato de su aventura. Llegado de Cherburgo sin ser esperado, Ralph se había hospedado con su amigo, y escuchaba complacido sus confidencias.

—Querido—dijo el americano—; usted no puede hacer nada, y así se lo ha significado muy razonablemente la boronesa de Rocher. Usted no es ni su marido, ni su amante, ni su hermano, ni siquiera su primo. Usted tenía una cita con ella para visitar una casa; eso es todo... Y á propósito, ¿cómo es la casa?

—¿Cree usted que la he visto? Llegué al vestíbulo como una bomba; allí dos lacayos me han dicho que su dueño no recibía. Yo he replicado que estaba y que me esperaba con la baronesa de Rocher, y como no sabían qué decirme, he pasado por encima de todo y he entrado en el salón á puñetazos. He ahí todo lo que conozco

del hotel. Un vestíbulo, una galería y una puerta hecha pedazos. ¿Es bastante para decidirle á comprarlo?

—Vamos, veo que recobra la calma. Bromea usted, y eso es siempre algo.

—¿Y qué quiere usted que haga, Evans? Me prohibe que provoque al bellaco del Marqués...

—A usted no le ha hecho nada...

—Sí; ha abusado de mí, haciéndome servir de cebo para un lazo...

—¿Existía el lazo? Ya sabe lo escéptico que soy respecto á la Baronesa. Nunca le he ocultado lo que de ella pensaba. Creo que ha sido, es ó será la querida de Condottier. Han podido tener alguna diferencia, y mientras la solventaban ha llegado usted, muy inoportunamente por cierto; pero la sangre fría de la dama al encontrar á su marido en la puerta; el modo como le ha prohibido que interviniese—respecto á lo que ya he dicho que tenía razón sobrada—, todo prueba hasta la evidencia que se encuentra usted frente á dos amantes en desacuerdo momentáneo, pero que harán las paces ó se arreglarán en un momento dado. Lo importante es no darles ocasión para que se rían de usted.

Valentín, pálido, furioso, no contestó. Aunque una voz interior, más poderosa que la de su razón, le decía que Rosa era inocente, no podía negar que todas las apariencias estaban en contra de Rosa. ¡El mismo había dudado de ella tantas